

La Alhambra de Granada



fotografías de Lluís Casals



textos de Félix Bayón





ÍNDICE

La frágil Fortaleza Roja	10
El último símbolo de poder	13
El rincón de los guerreros	19
El reino de la desconfianza	41
La frontera del misterio	51
El agua amansada y sometida	67
El lugar de las quimeras	91
La muerte en el vergel	103
Recovecos para perderse	119
Jardines sobre la ciudad olvidada	133
Un flanco para el amor, otro para la guerra	145
La despensa paradisiaca del sultán	157
La fantasmal huella del Imperio	167
Índice de fotografías	176
Plano guía de la Alhambra	190



LA FRÁGIL FORTALEZA ROJA

قصر الحمراء

No se puede acusar de soberbia a quienes construyeron la Alhambra. La fortaleza levantada en la colina de arcilla cuyo color le da el nombre de *Qal'at al-Hamra* —*Fortaleza Roja*—, es una acumulación de materiales modestos: mampostería, guijarros y ladrillos. Tampoco parecían obsesionados por maravillarse a las generaciones venideras los que dieron forma a los palacios que están dentro del recinto. Los elementos constructivos condenaban a la Alhambra a una existencia efímera. Con azulejos, estucos, yesos, ladrillos y maderas se conseguían resultados de gran belleza, pero no se garantizaba la perennidad. La Alhambra es casi una metáfora de la vida en el reino nazarí que le dio la existencia: es la fortaleza de una monarquía asediada cuya decadencia no impedía, sino más bien alentaba, la fértil tarea de poetas, artistas y científicos. Un reino más preocupado por la belleza que por la perdurabilidad. Los palacios no se construían para la eternidad. Ni siquiera, para

que lo disfrutaran los herederos. En un mundo cruel e intrigante, a los soberanos nazaríes no debía de preocuparles demasiado el legado que iban a dejar. Yesos y estucos se superponían sobre los que habían mandado levantar los sultanes anteriores y un palacio se erigía adosado a otro, siguiendo la misma lógica de apariencia caótica de la pequeña ciudad aristocrática y administrativa que fue formándose en su entorno. Al igual que en la ciudad que se extendía a los pies de la Alhambra, las fachadas carecían de importancia. Las casas de los ricos y las de los pobres eran similares: estrechos callejones conducían a unas y a otras y solo lo más oculto, el patio central, las diferenciaba. Las riquezas decorativas estaban bien guardadas de los ojos de los curiosos. Es de suponer que muy pocos —apenas unos miles— pudieron tener acceso al interior de los palacios nazaríes que ahora, cada año, visitan más de dos millones de personas. La belleza escondida de estos lugares tuvo que

deslumbrar a los conquistadores cristianos que los tomaron en 1492. Los Reyes Católicos encargaron a una familia de nobles la custodia del lugar. Gracias a que los conquistadores alardearon de su botín transformándolo en trofeo, la Alhambra puede seguir contemplándose. Pero el interés universal por este monumento es un fenómeno que apenas tiene un par de siglos. Comienza en el XIX, cuando los viajeros románticos “descubren” los tesoros de la Alhambra. A sus ojos, el hallazgo resulta más exótico gracias a la presencia de familias gitanas en algunos rincones del recinto. No podían pedir más: exotismo oriental y tipismo meridional encerrados en los mismos muros. Chateaubriand, Washington Irving, Théophile Gautier y Víctor Hugo dedican su atención, con más o menos rigor, a este recinto y a su historia. Desde entonces, la Alhambra sigue siendo contemplada a través de los ojos de los románticos. Las imágenes de este libro pretenden ayudar a verla con una mirada contemporánea.



EL RINCÓN DE LOS GUERREROS

Los guerreros tenían su propio mundo en la Alhambra. En el extremo oriental del recinto, en forma de punta de lanza, está la ciudadela. Fue aquí probablemente donde vivieron los primeros sultanes nazaríes, antes de que comenzaran a construirse los palacios. Ya había en este lugar una fortaleza cuando Ibn al-Ahmar tomó Granada. Es probable, incluso, que el castillo existiera aún antes de la entrada de los árabes en la península ibérica. Pero son los nazaríes quienes levantan esta alcazaba, cuyos restos sugieren un mundo receloso y muy jerarquizado. Alcazaba y palacios están completamente separados, como si los nobles hubieran decidido vivir de espaldas a los guerreros. Dentro de la fortaleza, que era toda una ciudad de exclusivo uso militar, las excavaciones permiten distinguir dos demarcaciones diferentes separadas por una calle central. De un lado, al norte, los restos de pequeñas dependencias que debían albergar a la oficialidad. Del otro, otras estancias más grandes que servirían de almacenes de armas e impedimenta y de cobijo para la tropa. La alcazaba era también el rincón más sórdido de la Alhambra. A lo largo de toda su historia, sus diferentes ocupantes la han usado como prisión.

Allí se encontraba media docena de mazmorras de las que debía resultar imposible escapar. Excavadas en el subsuelo, tenían forma de cuello de botella: una entrada estrecha que se iba ensanchando según penetraba en el subsuelo. Es probable que algunas de las mazmorras fueran usadas también como almacenes de grano, especias y sal. La alcazaba ha sido, además, principal punto de referencia para los granadinos. En su extremo se encuentra la Torre de la Vela, el lugar desde el que mejor se domina la ciudad que se extiende a sus pies. Fue aquí donde, con gran aparato, los cristianos celebraron la toma del Reino de Granada el 2 de enero de 1492. Las crónicas cuentan que, a su llegada, no encontraron a nadie en la Alhambra. Hasta lo más alto de la torre subió el cardenal Mendoza empuñando la cruz de la cristiandad y haciendo enarbolar los estandartes reales y el pendón de Santiago en nombre de los Reyes Católicos. Los cristianos mandaron levantar en ese lugar una campana cuyos toques, desde entonces, han venido rigiendo la vida de Granada. La campana de la torre de la Vela ha llamado a rebato en los momentos de peligro y ha controlado con rigor el paso del tiempo a lo largo de casi cinco siglos.



Torre del Homenaje





La Alcazaba, cara norte





EL AGUA AMANSADA Y SOMETIDA

De la belleza oculta en los palacios es quizá la del agua la que guarda más secretos. Traspasando el patio del Cuarto Dorado se entra ya en la Alhambra escondida, en donde artesonados, escayolas policromadas y azulejos se superponen, mostrando la fecundidad de las artes decorativas nazaríes. Poemas inscritos sobre muros y fuentes y símbolos misteriosos indican la riqueza conceptual. Pero es el agua, probablemente, el mayor tesoro. Las fuentes de los palacios de la Alhambra no son solo decorativas. Es como si los nazaríes, orgullosos de sus hallazgos, hubieran querido mostrar su capacidad de amansar el agua, de jugar con ella a su antojo. Llevar el agua hasta la Alhambra no tuvo que ser fácil: abundaba gracias a las cumbres nevadas de la sierra cercana, pero la altura del recinto obligó a canalizarla para traerla hasta allí. Al construir las acequias que hicieron prósperos los campos de la vega cercana, los nazaríes aprendieron a domar el agua. Las fuentes de los palacios no son sino una demostración de ese saber. El juego de canalillos que une fuentes

y albercas tiene apariencia simple, pero en realidad están respaldados por una técnica endiablada: hay canales inclinados a contracorriente para retener el agua, estrechamientos que aceleran el caudal, cavidades y curvas que hacen que fluya de manera caprichosa y todo esto sin ningún estrépito ni rumor, consiguiendo que la lámina de agua de la alberca permanezca siempre quieta para no distorsionar la serenidad de las imágenes que se reflejan en ella. Pero no es solo un juego estético ni una ostentación técnica. Aquí, el agua sirve también para amortiguar el extremado clima continental de Granada. Los dos grandes patios, el de los Arrayanes y el de los Leones, están trazados sabiamente para aprovechar las sombras en el verano. El agua refresca entonces el ambiente, se crean corrientes de aire y unas finas filigranas de yeso, a modo de celosías, amparan del sol pero dejan pasar el aire. En invierno, el sol reverbera en el agua y en el mármol calentando el aire. Los patios eran siempre el centro de la vida doméstica de los nazaríes y se merecían los mayores mimos y las más recientes innovaciones.

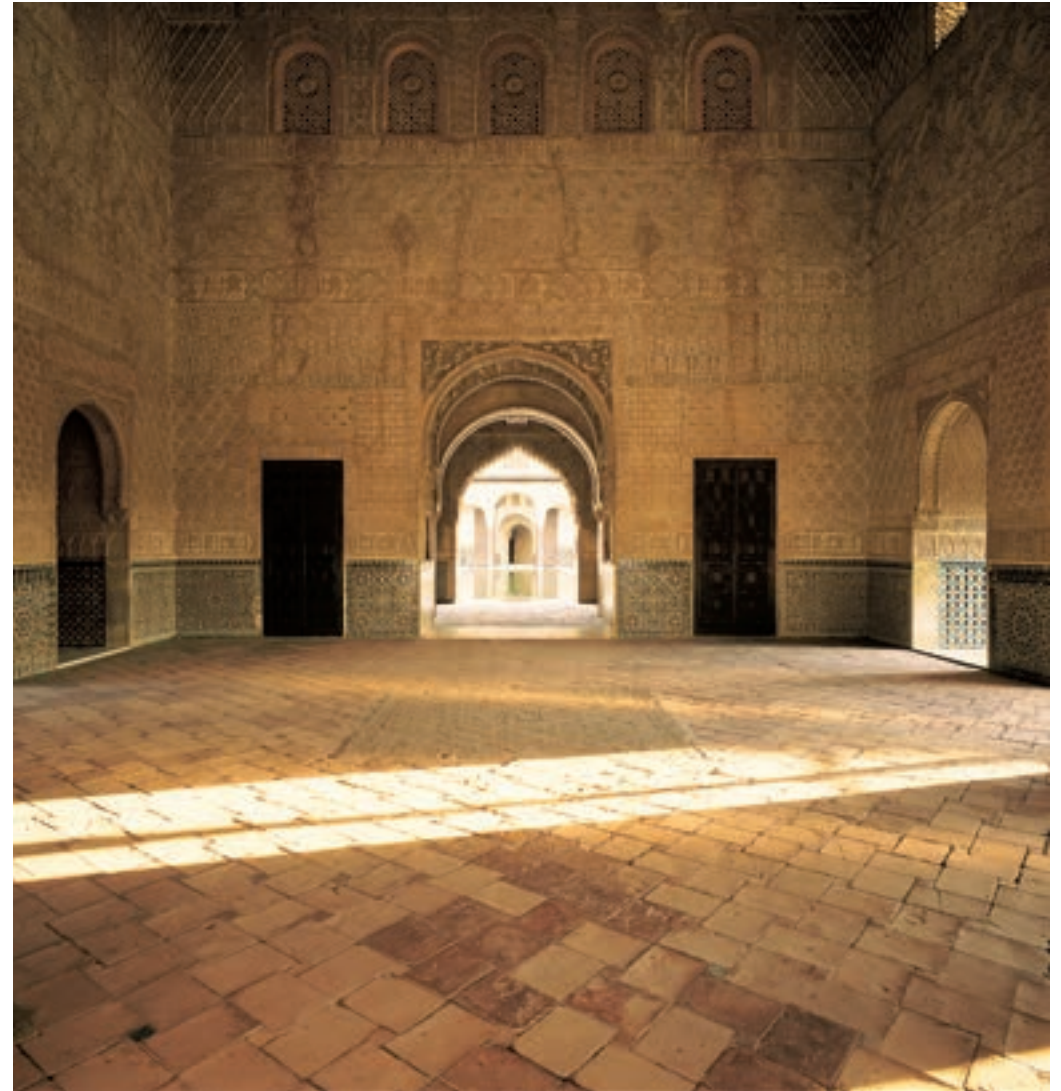


Patio de los Arrayanes





Palacio de Comares





Patio de los Leones



JARDINES SOBRE LA CIUDAD OLVIDADA

El Partal, al oriente del jardín de Lindaraja, es la imagen descarnada de un palacio nazarí. Este pórtico se muestra sin ningún pudor. No hay muros que lo oculten ni recovecos por los que se haya de pasar antes de poder descubrirlo. El Partal, desprovisto del encanto del misterio, parece hoy un adorno a los jardines que lo rodean, como si más que un vestigio fuera un artificio romántico. A su espalda está el mirador y la torre de las Damas, una de las edificaciones más antiguas de la Alhambra. Una vivienda adosada a uno de sus muros libró a éste de los desgastes de la intemperie; así podemos saber que no solo el interior de este palacio había sido pródigamente decorado, sino que también el exterior estaba cubierto con estucos. Hoy el agua y los árboles disputan protagonismo a El Partal. Solo la vegetación cierra el espacio en torno al gran estanque que yace frente al pórtico y envuelve diversos vestigios de la Alhambra. Fuentes, estanques y vegetación van

uniendo las reliquias dispersas que se encuentran en esta zona dándoles coherencia. Donde hoy están los jardines del Partal hubo, en época de los nazaríes, calles y casas. De estas solo quedan cuatro, una de las cuales encierra unos interesantes frescos que, a pesar de su modestia, son la clave de un enigma.

A esta casa la llaman la casa de las Pinturas. Sobre una pared, dentro de esta vivienda de apariencia humilde, se descubrieron a principios del siglo XX unos frescos que son raro testimonio de las artes pictóricas musulmanas y que desmienten algunas creencias que se mantenían hasta entonces. Las borrosas figuras de unos guerreros montados a caballo testimonian que no existía la prohibición de representar seres vivos y que la profusión de caligrafías y vertiginosos diseños geométricos son más producto de una visión del mundo que consecuencia de un precepto coránico que los estudiosos han terminado considerando inexistente.



Alberca y jardines del Partal



Torre de las Infantas



Torre de la Cautiva